

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 3
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, JULIO 15 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$ 50
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$ 1. 25
Gerente: ANTONIO CUYAS



Moisés en el Desierto.

Escuela N. de Bellas Artes.

Cuadro de Joaquín Ramírez.

El déspota de París.

Cada metrópoli moderna, y creo que lo mismo ha pasado en las antiguas, tiene su plaga, su azote, su calamidad pública que reina e impera á ciencia y paciencia de las autoridades y las leyes, que se impone á todas, cobra tributo, da toda la guerra que puede y se da, en general, la gran vida á costa de propios y extraños y más bien de los extraños que de los propios.

Londres tiene sus ebrios y su ejército de salvación, á quienes se encuentra hasta en la sopera que cantan, bailan y tambalean lo mismo en la City que en Regents Park, que entonan salmos y organizan procesiones y reclutan adeptos en todas partes y á toda hora, y que son lo más "cargante" de la tierra.

Nueva York tiene sus distribuidores de biblias y sus agentes de seguros, que allanan moradas, interrumpen fiestas y labores, se cuelan por todas las rendijas y queman la sangre al Convidado de Piedra.

En Roma, y en Italia toda, son los mendigos los encargados de importunar y de molestar, en colaboración con los cantores ambulantes y los vendedores de obras maestras de yeso.

En Buda Pest, son las mujerzuelas las que se llevan la palma; en México los rateros; en Berlín los filósofos y profesores.

En París, el verdadero déspota, el rajah, el califa, el Damiciano, el Timour, el Gengis Khan, el azote de Dios es el cochero de fiacre. Es sorprendente! Más que la Francia es París, el que ha tremolado la bandera de la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad, como quien nada dice, la Santísima Trinidad de los modernos pueblos latinos, y es en París en donde una clase privilegiada, dotada de todas las inmunidades y segura de todas las impunidads, atropella á diario la fraternidad, primero, la igualdad y la libertad después, se burla de la ronda y del farol y en lugar de atrapar multas, contravenciones, suspensiones de ejercicio y otras lindezas, atrapa á porrillo á diestra y siniestra, pingües y numerosas propinas. Y ¡ay de los vencidos! cuidado con levantar los ojos ó las manos, con encojerse de hombros, con articular palabra, con aventurar una tímida observación; un aguacero de improprios, una lluvia de insultos, una catarata de ignominias se desprenderá sobre el atrevido que osa alzar la mirada ó la voz ante el último de los representantes del quinto poder.

Figúrese el lector: son veinte mil, fuera de música y acompañamiento; todos electores, todos sindicados; su voto determina en pro de Juan ó de Pedro la inclinación de la balanza electoral. Disponen de la Cámara, del Senado, de la Prefectura de Policía. "Subvienen la prensa," tienen en jaque á la magistratura, llevan la batuta al desatemplado orfeón de los carniceros de La Villette y de las obreras socialistas de Belleville, son electores de Rochefort, fanáticos de Paul Derouledé, huelen aún al petróleo de la Comuna.

Cuando una persona, física ó moral, dispone de tanta influencia y de tanto poder, lo primero que le ocurre es abusar de él, imponerse á los demás, darse la gran vida á costa ajena y en esto descuelan los cocheros parisienses.

Su pescante es un trono; su látigo, un cetro; sus caballos, la cuadriga triunfal que los arrastra como á los romanos emperadores; su sombrero de hule es casco; su levitón, manto; su hirsuta cabellera, diadema. Nariz al viento, frente erguida, mirada fija en el horizonte, circulan altivos, majestuosos, olímpicos. Se siente terror, "el frío de una hoja de acero en las entrañas" cuando hay necesidad de implorar sus servicios.

Jadeante y sudorosa, la carga, á legua y media del domicilio conyugal, hace señas angustiosas de naufrago al fiacre que pasa. El "magestuoso," de cien veces en noventa y nueve, sonrío con innarrable desprecio y pasa de largo. Su majestad va á almorzar, y la ruina de una familia, la perdición de la patria; el fin del mundo no lo obligarían á aplazar diez minutos su almuerzo ó su comida.

Supongamos, sin conceder que el semidios se digna bajar los ojos hacia el gusano de la tierra que implora su misericordia; pobre gusano; "más le valiera estar duermes." No bien ha indicado

la dirección, cuando Júpiter chispea, estalla y atruena.

—No faltaba más! haberme detenido para una "carrera" ("course") tan "ignoble!" Sucio burgués, y de quién te burlas y por quién me tomas? Especie de horno (especie de four) busca un imbecil que te lleve! Y otras lindezas por ese orden. Si por casualidad, cosa bien rara por cierto, la dirección que la "carga" se propone seguir coincide con las preferencias del cochero, las cosas cambian; el drama no se desarrolla sino al llegar al punto elegido. Quien ha visto al león herido, el mar tempuestuoso, el volcán en erupción, apenas forma concepto de las iras convulsivas, epilépticas, titánicas de un cochero parisiense en el momento de recibir la paga y el "pour boire" ó sea la propina. Nuestro cocheros son, en comparación pigmeos é infelices.

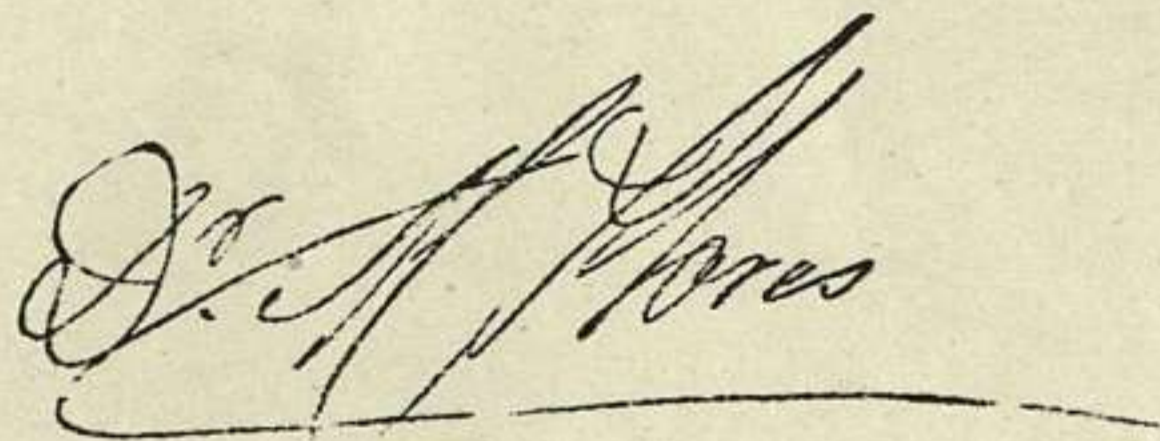
Recibir la paga y sentirse atacado de hidrofobia es todo uno para el Sumo Pontífice parisiense. Si la carga ha vaciado el portamoneda, empeñado el reloj é hipotecado sus fincas, todavía puede salir bien librado con dos ó tres insolencias extensivas á su familia. Pero el infeliz que creó en la tarifa, el cándido que juzga que la remuneración debe ser proporcionada al servicio, están perdidos, y ya los he visto fustigados, silbados, escarnecidos y deshonrados por diferencias de cincuenta céntimos.

"Anatema sit" sobre la carga que articula mal el nombre de una calle ó el número de una casa; "honnit soit" quien á medio camino quiere cambiar de rumbo; maldición sobre aquel que pretende abreviar el camino, que lleva perros ó niños, que fuma en el coche, que quiere descender los vidrios si hace calor ó echar la capota si llueve. Ya se las puede componer y se expone á una paliza en regla, sin perjuicio de tener que pagar el doble "pour boire" ó daños y perjuicios al cochero, según el caso.

Contra estos siete vicios parece que podría haber siquiera una virtud, la policía. Si mis lectores, como á todos se los deseo, llegan á venir á París les hago una súplica y me permito darles un consejo, el más sano de todos: Jamás recurran á la policía contra un cochero. Insultados, befiados, escarnecidos, saqueados, todavía les sale más la cuenta de dejar los "cepos quedos" y de retirarse en regla con todas los "horrores" de la guerra.

Y si diere la circunstancia de que mis lectores sean puntillosos, delicados, susceptibles y "muy hombres," como lo es todo buen mexicano, lo mejor que pueden hacer, si necesitan tomar coche en París, es proverse de revólver, bastón con verduguillo, trompeador, tauranavok, y una vez bien armados, pertrechados y municionados en previsión de un ataque á mano armada, emprenderla á pie á su casa ó á donde tengan que ir.

Y es probado; la sabiduría de los hombres no ha encontrado hasta hoy, medio más adecuado de evitarse disgustos con los cocheros. "Et encore".....!



La Duquesa de Conarec.

I

¡Me acuerdo! Andábamos en una callecita de platanares Jorge y yo, sin hablar. Era una de esas noches de otoño, tibias, tiernas, dolientes, que adormecentaban lánguidamente el alma, y hacen que todo el sér, dilatado, ensanchado, derramado, se mezele al sueño crepuscular de las cosas y se pasmee en él. Bajo el cielo sin nubes, en que palidecía la encantada melancolía del azul, detrás del castillo antiguo que aún no iluminaba sus ventanas y erguía, negra su masa rectangular con sus cuatro fuertes torres, subía lentamente la luna, llena, sin halo blanco y desenvolviendo sobre los techos, sobre el terrado, sobre las canastilla del jardín, sobre los árboles profundos y so-

bre todo el lejano paisaje, sr inmensa palidez diáfana semejante á una red de gasa de plata.

Me detuve maravillado.

Allí, muy cerca de nosotros—pero sin duda nosotros veía á causa de las ramas que oscurecían la penumbra—la duquesa de Conarec estaba sentada delante de un camellón de rosas sin flores, teniendo entre sus rodillas á la pequeña Lola, su hija, que se reía bajo de los labios de ella. Desde hacía cinco días que estaba yo veraneando en casa del duque, había admirado muchas veces á esa hermosa joven; jamás me había parecido tan admirable, exquisita y pura como esa noche en medio de la dulzura de la luz nocturna y del jardín tan sosegado. Toda blanca con su larga bata que sobre el suelo se deslizaba y que la luna envolvía con una plumilla de nieve, con el busto un poco inclinado, con la curva de un tallo esbelto de lirio, inclinaba bajo el oro pálido de su cabello dividido en dos bandas, que algo habían desbaratado las caricias de la niña, su grave y dulce semblante en que la serenidad de la sonrisa se extasiaba de ternura, en el que las miradas tenían el candor augusto que sueña con los ojos pintados de las Madres virginales. El misterio de la hora añeja á esa visión toda la lejanía del sueño. Y cuando la duquesa más inclinada hacia su angelito lozano y rosado, lo besó en la frente con detención así como en los cabellos alborotados, sentía esparcirse en mí, como una agua deliciosa y fresca, el buen ejemplo del immaculado amor y de la pureza infinita.

¿Había yo hablado alto soñando? Es probable; Jorge me dijo al oído, con una voz ruda en que temblaba la cólera.

—Y sin embargo, si el rayo de Dios cayese sobre esa mujer, y la hiciese pedazos, el rayo haría bien! Pero á la verdad, las Cleopatras fatales, asesinan amantes de los esclavos rubios, y las cínicas Mesalinas, y las Faustinas desenfundadas, y esas reinas de Francia que poseyó el sangriento demonio de la Lujuria, fueron menos abominables que ella.

—¿Estás loco? exclamé.

—No, ven.

Y me atrajo hacia el fondo más oscuro de la callecita.

II

¿Conociste á Albino de Cernac? Dulce, hermoso, atrevido, un verdadero joven. Amaba á la duquesa con una pasión profunda, sin límites, absoluta. Pero sin esperanza ¡oh! sin ninguna esperanza. ¿Ser amado por la señora de Conarec, era acaso posible? ¿No era la más casta, al mismo tiempo que la más bella? Perfecta esposa, madre admirable, no había atravesado el mundo malo que murmura y que calumnia sin ser jamás herida por las más ligera sospecha? Piadosa por otra parte, con una piedad algo huraña, se encarnizaba en formar su salvación con su tenacidad de bretona. De suerte que, á pesar de su fortuna y su hermosura—¡su hermosura incomparable!—la soledad poco á poco se había formado en su rededor. Aceptaba, amaba ese aislamiento. Lejos de los hombres, está uno más cerca de Dios. Cuando consentía á instancias de su marido en aparecer en alguna fiesta, venía tarde, se retiraba pronto, fastidiada, un poco severa; su afabilidad, mundana visiblemente, no era sino una resignación de su austeridad; á causa de esto, había algo de contrariedad en el respeto que inspiraba; delante de ella se tenía frío, como en una pieza en que hubiera una estatua de nieve.

"Pues bien, esa mujer, una noche, de repente—fué aquí, sí, en este castillo en que estamos—esa mujer dijo á Albino de Cernac, muy pronto, muy bajo, al ofrecerle una taza de té: "Si quiero. Esta noche. En mi cuarto."

"Y esa noche, con el arrebatado de una pasión largo tiempo contenida y altiva con manifestarse por fin, se dió ella á él toda entera. Cómo la había merecido, cómo había podido obtener—sin pedirlo—la realización repentina de su deseo devorador, no lo comprendió ni trataba de comprenderlo. Se arrodillaba casi espantado, la miraba deslumbrado, y ella en el descaro soberbio de su alegría: "¡Sí, sí, sí, yo te adoro! le decía."

Pero cuando estaba á punto de asomar el día, la timidez se apoderó de ella. ¿Si iba al salir del cuarto, á hacer ruido en la escalera, á despertar á alguno? Era terrible el imaginárselo solamente. ¿Qué hacer? Albino pensó en la ventana. Una

ocura. El cuarto de la duquesa se halla en el segundo piso de la torrecilla de la izquierda, y abajo de la ventana—mira, puedes verla desde aquí—se abre profundamente el antiguo foso en que han rodado las piedras de las murallas ruinosas. Huir por allí era imposible. Pero no sólo fue posible, sino fácil, gracias á una precaución que ella había tomado. De un armario sacó una larga cuerda con nudos, arrollada como un cable de marina—una cuerda de seda delgada, sólida. Albino no vaciló, era valiente, se conocía ágil y robusto. La cuerda fué atada al borde de la ventana; se puso en ésta á caballo—después del inefable beso de despedida—y empezó á bajar á lo largo de la muralla, entre el crepúsculo, con los ojos levantados hacia ella, que se inclinaba adorable, entre todos sus cabellos sueltos. Para mirarla aún, olvidaba él todo, la cuerdecilla que podía romperse y el sombrío abismo abierto. Pero repentinamente vió brillar algo entre las manos de la duquesa—¡tijeras, tijeras!—y cortó ella la cuerda, y el desgraciado, cayendo de una altura de diez metros, se rompió el cráneo contra las piedras del foso.

III

Yo había escuchado sin interrumpir; por fin, grité:

—¡Eso no es verdad!

—Un poco después de levantarse el sol, un criado oyó sordos lamentos. Acudieron, levantaron á Albino todo ensangrentado. Con voz que iba á extinguirse, murmuraba que al pasearse, desde por la mañana, al rededor del castillo, se había deslizado sobre el borde del foso. Pero yo permanecí solo cerca de él, en el cuarto en que lo había acostado, y antes de morir me confesó todo.

—¡No! ¡Por qué había de haber cometido la duquesa ese crimen!

—Los muertos no hablan.

—¡Oh! ¡eso sería espantoso!

—¿Lo dudas todavía? Oye; la duquesa está allí, acércate á ella y díle, como por casualidad, esta frase sencilla al verla abrazar á su hija: “Es usted muy feliz, señora, y digna de su felicidad.”

—¿Para qué le había yo de hablar así? ¿Crees que tal vez se turbaría?

—¡Ya verás! ¡ya verás!

Hice lo que él me dijo. Después de algunas palabras, pronuncié la frase que él había dicho, y estaba yo seguro que la duquesa no se conmovió. Ninguna turbación manifestó en efecto, sonrió dulcemente, y volviendo sus bellos ojos tranquilos:

—¿Digna de mi felicidad? dijo. ¡Oh! no. Pero estoy protegida.

—¿Protegida?

—Por Dios primeramente; y luego por un talismán que tengo. Nosotras las bretonas, ya sabe usted, somos un poco supersticiosas. Mire usted aquí está mi porta-felicidad, añadió con la sonrisa aún más dulce, con los ojos aún más tranquilos.

Me mostraba un brazalet singular que tenía en el puño derecho, un brazalet formado de un pedazo de cuerdecilla de seda: y volvió á dedicarse á besar los cabellos de la bonita Lola.

Huí de ella. Volví á unirme á Jorge y le dije:

—¿Por qué lo has denunciado á esa miserable?

—¡Porque la amo! respondió con una voz sorda en que sonó un sollozo, y porque tal vez llegue un día en que quiera cometer otro crimen!

Cctule Méndez.

LA EMPERATRIZ DE MÉXICO.

CURIOSA BIOGRAFIA.

Entre las principales familias de Valladolid, (hoy Morelia) figuraba, á fines del siglo pasado, la del acaudalado comerciante Don Isidro Huarte, quien por su posición ejercía en aquella ciudad el encargo de Regidor y Alcalde Provincial, con cuya representación salió á recibir á Hidalgo, cuando éste, á la cabeza del ejército insurgente, hizo su entrada solemne en la capital de Michoacán.

El señor Huarte, que alcanzó una edad muy avanzada, fué casado tres veces, siendo curioso que



Doña María Huarte de Iturbide.

sus esposas se llamaron Ana María, la primera; Ana Manuela la segunda y Ana Gertrudis la tercera. Del matrimonio con Doña Ana Manuela, nació Doña Ana María, que es el objeto de estos apuntes. La niña vino al mundo en la expresada ciudad de Valladolid el 18 de Enero de 1786 y se le pusieron los nombres de Ana María, Josefa, Ramona, hija legítima de Don Isidro Huarte y de Doña Ana María Muñoz Sanchez de Tagle, siendo sus padrinos el Regidor Don José Plata y su esposa Doña Ana Bustamante.

Por aquella época las hijas de las familias principales de Valladolid recibían su educación en el colegio de Santa Rosa María, en que se enseñaban las labores propias de la mujer y algunos conocimientos de instrucción primaria. El instituto estaba bajo la dirección del clero, y encomendado á señoras que vivían bajo ciertas reglas monásticas. Allí pasó Doña Ana María Huarte los años de

su adolescencia y allí comenzó á llamar la atención por su hermosura.

Era costumbre en aquel colegio que las tardes de los domingos y jueves saliesen al mirador del edificio las educandas que por su buena conducta hubiesen merecido tal premio; y es fama que en el tiempo en que Doña Ana permaneció en el plantel, se llenaba la plazuela de las Rosas de los jóvenes vallesolitanos que iban á contemplar el rostro peregrino de la joven Huarte. Entre los concurrentes se distinguía por su apostura y marcial continente, el rico mancebo Don Agustín de Iturbide, Alférez de las Milicias Reales, quien por fin logró hacer conquista tan deseada. El matrimonio se verificó en la repetida ciudad de Valladolid, el 27 de Febrero de 1805.

Aún duraba la luna de miel en aquel matrimonio, cuando se dió el grito de independencia en el pueblo de Dolores. Para Iturbide comenzó entonces aquella vida en que se distinguió por su valor en los combates y por su crueldad contra los insurgentes; y temeroso de la venganza de estos, trasladó á su esposa á la ciudad de México, en donde brillaron más sus virtudes nunca desmentidas y su belleza cada día más creciente. Su esposo tenía el empleo de coronel en el ejército realista y esta alta posición facilitó á Doña Ana relacionarse con las mejores familias de la capital del virreinato.

Llegó el día en que Iturbide, mudando de opiniones, proclamara la independencia de la patria; y mientras que, como primer caudillo del ejército trigarante hacía su carrera triunfal por el territorio mexicano, Doña Ana María sufría en la capital la persecución y los ultrajes del gobierno español, hasta verse reducida á prisión en el convento de Regina. De allí logró evadirse, merced á los esfuerzos de los partidarios de la revolución y no sin correr grande peligro se dirigió al suelo natal, ocupado ya por los independentes.

“Luego que en Valladolid se supo que estaba para llegar la esposa del primer jefe, se dispuso el más magnífico recibimiento que las circunstancias pudieron permitir y el 21 de Agosto (1821), todos los habitantes, en coches, á caballo, á pie, la esperaban en la garita del Zapote, desde la que fué conducida en medio de los más vivos aplausos, en un carro triunfal prevenido al efecto, del cual el pueblo quitó las mulas para estirarlo él mismo, pasando por entre las tropas de la guarnición, tendidas para hacerle honores de Capitán General, hasta la habitación que le estaba preparada, en donde se presentaron á felicitarla todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares.” (1).

Consumada la independencia, en mala hora pensó Iturbide hacerse emperador del país á que había dado libertad. Realizó su ambición, cuando el tesoro nacional estaba exhausto y cuando la opinión pública comenzaba ya á serle hostil. Nada

le contuvo para llevarlos á efecto, pues hasta recurrió á imponer un préstamo forzoso de seiscientos mil pesos al comercio de la ciudad de México.

Llegó el 21 de Julio de 1822; día destinado para la coronación del emperador y la emperatriz, y á este propósito dice el historiador Alamán: “Hacer coronas y demás insignias del imperio, de una riqueza proporcionada á la ocasión; no era posible en aquellas circunstancias, pues no hubiera bastado para tal gasto todo el préstamo forzoso, y por esto se pidieron joyas prestadas, devolviéndolas después de la ceremonia; “con lo que las coronas se desbarataron antes que el imperio.”

En efecto, Iturbide se vió obligado á salir del país. Doña Ana María siguió á su esposo en el destierro; lo acompañó luego en su empresa temeraria de venir á reconquistar la corona imperial; y el 18 de Julio de 1824, hallándose alojada en la casa del General Garza, en Soto la Marina, recibió la noticia de que el día anterior había sido fusilado su esposo en la población de Padilla.

El gobierno de México dió orden de que Doña Ana María y sus hijos fuesen reembarcados con rumbo á Colombia, lo que no pudo verificarse por falta de buque, y el 16 de Septiembre salió para Nueva Orleans, fijando desde entonces su residencia en los Estados Unidos: el Congreso decretó se le pagase una pensión anual de ocho mil pesos.

El 20 de Marzo de 1861—á la edad de 75 años—falleció en Filadelfia Doña Ana María Huarte de Iturbide, sin haber querido jamás volver á la patria, que en su concepto, había sido ingrata con “el libertador.”

Eduardo Ruiz.

LA ESCALA.

Al primer escalón: yo soy tu hermano;
al segundo escalón: yo soy tu amigo,
al llegar al tercero, me desdigo,
y al cuarto, con desdén te doy la mano.

Al quinto, te contemplo erguido y vano,
al sexto me detengo, callo y sigo,
y tu amistad al séptimo maldigo,
y en el octavo la escarnezco ufano.

Tú quedas sólo, y abatido y triste,
mirándome escalar la altura bella,
después que mi escalera sostuviste;

un amargo dolor tus labios sella,
pues que por ella, ayer subir me viste
y hoy ves mi ingratitud bajar por ella.

Martín Pedroza.

(1).—Alamán, Historia de México.

LA CHINA EN LA EXPOSICION DE PARIS

En el rincón más fresco y tranquilo de la Exposición, se levantan, contiguas, las construcciones de los dos países en que se desarrojan en estos momentos las más sangrientas tragedias: el Transvaal y la China. No es ciertamente el espectáculo de la guerra ó de la insurrección lo que los visitantes esperan encontrar bajo la sombra del Trocadero. Sin embargo, una curiosidad especial empuja al público hacia estas dos exposiciones, tan dramáticamente actuales. Y, ayudada por la imaginación, esta curiosidad no es desilusionada.

Hacia la extremidad de la galería de la derecha del Trocadero, se levanta la puerta monumental de la expedición china. Es ésta una reproducción

tado en un féretro, se inclinan unas plañideras. En medio de un grupo de altos dignatarios, está cubierta con un abat-jour opulento, de largos péndulos, una figura de Manchu: es éste el peinado que un grabado chino presta á la Emperatriz madre. Todos los detalles de este género prestan á las circunstancias un interés especial, y no sin algún horror se descubren, viendo de cerca ciertas pinturas de vasos ó de abanicos, los tipos terribles de los estranguladores, figurando en escenas de asesinato é incendio interpretados con el cuidado evidente de hacer palidecer los detalles crueles.

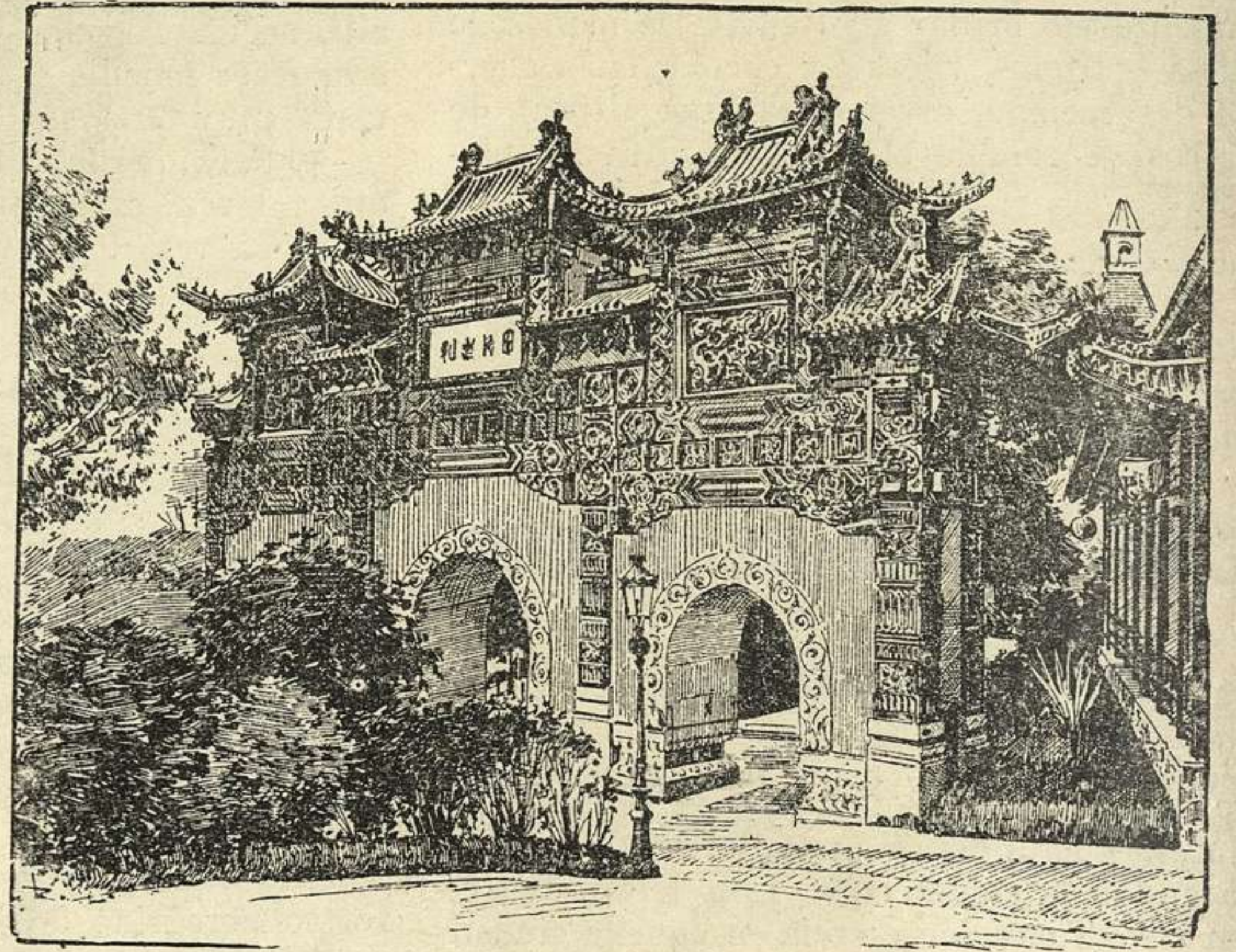
M. Carlos Vapereau, comisario general, ha demostrado mucho gusto y saber, al organizar la exposición del Celeste Imperio. La China que se exhibe en la Exposición, es una China amable y fácil, una China humanitaria. Pero como una conse-

fueron ocupados el mismo día. El no cumplimiento de los tratados, obligó de nuevo, á las flotas aliadas á obrar, en Junio de 1859. Pero esta vez el famoso general chino San-ko-lin-sin les hizo lamentarse de pérdidas sensibles: tres chalupas cañoneras fueron echadas á pique y cuatrocientos setenta y cuatro hombres puestos fuera de combate. El 10. de Agosto de 1860, en fin, fué entablada una acción decisiva. Ese día los fuertes de Pe-thang, cerca de Ta-Kou, fueron tomados por asalto, como simples fuertes de tierra, por las tropas que, para desembarcar, habían tenido el agua hasta el pecho. El 21 de Agosto, los dos grandes fuertes norte y sur de Ta-Kou, fueron tomados á su vez. El resto es conocido.

Hace unos cuantos domingos comenzó, de nuevo, esta página de historia. La víspera, se reunió á bordo del buque-almirante ruso los coman-



Reproducción en la exposición de China de la residencia imperial en Pekín.



La portada de la exposición en China.

fiel de la que precede al templo de Confucio, situada en Pekín cerca de la sala de los exámenes literarios. Es amplia y majestuosa, pintada en rojo, verde, amarillo y blanco. Tranquilos paseantes pasan á toda hora bajo esta puerta, cruzándose, á veces, con algún chino no menos apacible, mozo de restaurant ó actor de teatro, ó, tal vez, uno de los comerciantes que venden en las tiendas vecinas juguetes y cajas de laca.

Allá, en Pekín, en este momento, grita y se agita un populacho desencadenado al rededor de la misma puerta, pintada en los mismos colores, é igualmente amplia y majestuosa. Las legaciones europeas están barricadas, las iglesias entre llamas.

Franqueada la puerta, henos al borde de una pieza de agua donde cae, como dulce murmullo, una cascada. Entre los árboles se levantan pabellones pintados de un rojo sangriento, cuyos techos están levantados en los cuatro ángulos. El edificio principal, el del fondo, reproduce una de las puertas de la muralla de Pekín, coronada del kiosco del Tambor (Kou-Leou.) Encierra un ajuar de muebles, un restaurant y un teatro. El restaurant, es el de una estación de ferrocarril aún hipotética, la del Transiberiano en Pekín. Un poco más lejos, se ve la estación de Moscow. Algunos wagones y algunos centenares de metros de tela pintada, representan los millares de verasetas y de panoramas que separan á Moscow de Pekín.

A la derecha de la puerta de Confucio, otra construcción de dos techos, es una copia, según se dice, de uno de los pabellones de la ciudad prohibida, la villa violeta, residencia del Emperador y de la Emperatriz viuda.

Muy semejante es la prisión, al borde de un lago floreciente de nenúfares, del débil soberano puesto bajo tutela.

Los diversos pabellones chinos del Trocadero contienen colecciones de arte retrospectivo y moderno, como jarrones, boudhas, quema-perfumes, extraños y preciosos bibelots, maderas esculpidas, marfiles, sedas hermosas y algunos productos industriales. Unos manequés figuran, con los trajes arreglados por la jerarquía social, á los ricos y á los pobres, mandarines y gentes del pueblo, letrados y bateleros. A los pies de un muerto, recos-

cuencia de los acontecimientos independientes de su voluntad, resulta que estos pabellones policromos y su contenido, representan ahora una China bárbara y hostil, toda llena de gritos de muerte.

LOS FUERTES DE TA-KOU

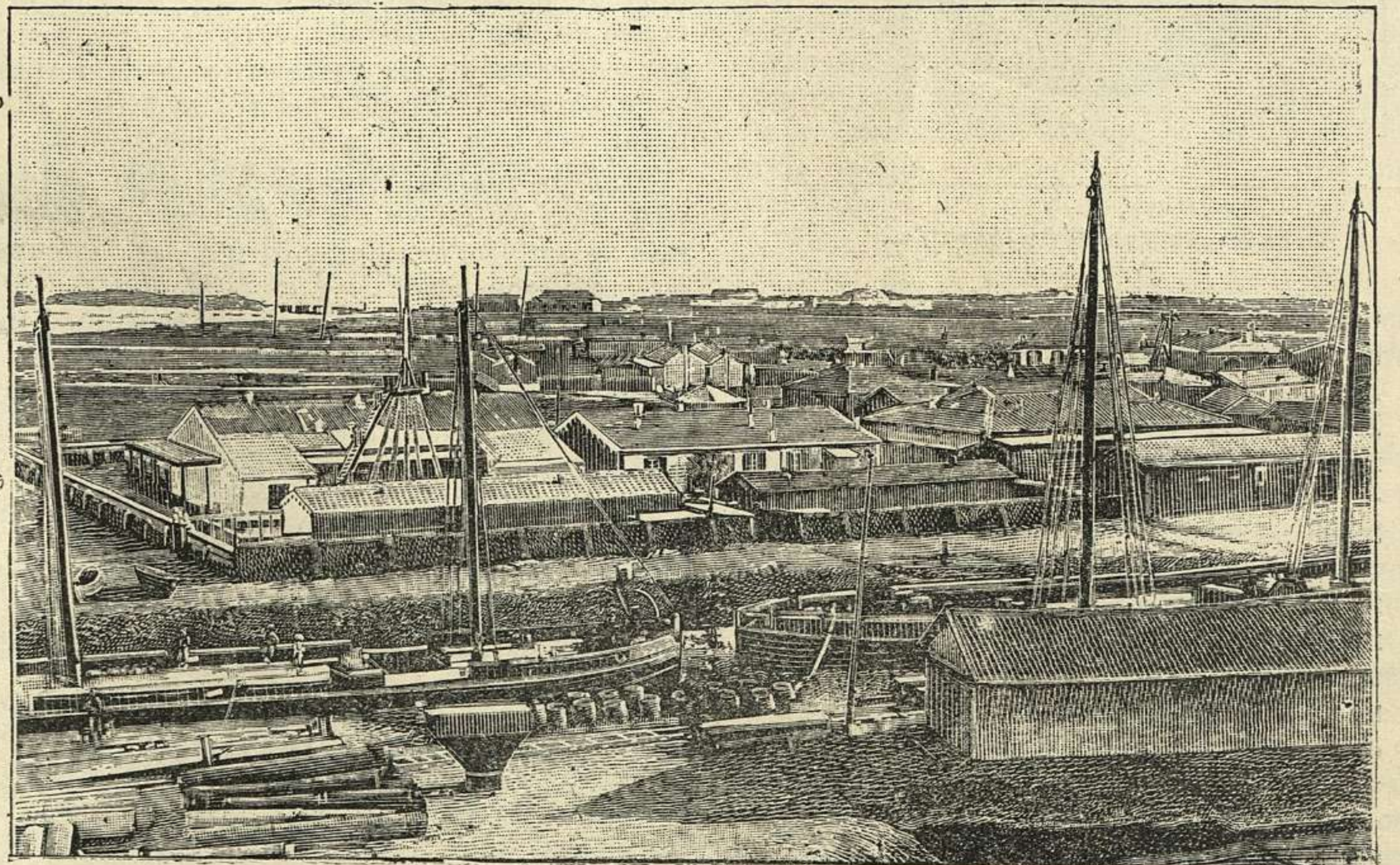
Las noticias recibidas de China, nos remontan á cuarenta años atrás. Como en la víspera de la guerra de 1860, los primeros disparos de cañón entre la artillería china y la de las escuadras europeas, acaban de cambiarse en Ta-Kou, á la embocadura del río Pei-Ho, al fondo del golfo del Petchi-li.

El 20 de Mayo de 1858, quince navíos ingleses, once franceses, dos americanos y un ruso, bombardearon por primera vez los fuertes de Ta-Kou, que

dantes de las escuadras, avisando á los comandantes de los fuertes chinos que debían evacuarlos á las primeras horas de la tarde del 17 de Junio. Como respuesta, los fuertes abrieron el fuego el mismo día 17, á la una de la mañana. Los marinos franceses, alemanes, rusos, ingleses y japoneses, respondieron inmediatamente. El bombardeo duró siete horas y fué seguido de un desembarque que tuvo por resultado la toma de los fuertes. El navío alemán "Iltis," perdió tres hombres y tuvo siete heridos. Dos navíos ingleses sufrieron igualmente y recibieron algunas averías.

A bordo de los navíos rusos, hubo dieciseis muertos y cuarenta y cinco heridos. Los franceses fueron los más afortunados, pues no contaron sino un muerto y un herido.

Ta-Kou, Tien-Tsin y Pekín, están ligados en tiempo ordinario por el Pei-Ho y por un camino de fierro. La vía fluvial y la vía férrea están cortadas actualmente y las comunicaciones telegráficas interrumpidas.



Ta-Kou: vista general del cuartel europeo.

En memoria del Benemérito Juárez.

El día 18 del corriente mes, el gran partido liberal de la República, conmemora, en forma significativa y grandiosa, el aniversario de la muerte del Apóstol de la Reforma, del Benemérito Benito Juárez.

milde jornalero había de ocupar la primera magistratura del país, promulgar sabias leyes, luchar sin descanso por la democracia y la libertad y causar la admiración de la Europa entera?

El lago á que nos referimos es visitado por mu-

El nombre del Benemérito sirvió de título al drama que escribió y que fué estrenado y puesto en escena repetidas veces, en el Teatro Chateau d'Eau, el año de 1896.

Esta obra de Boissier provocó en la prensa parisiense verdadera sensación.

Sólo un periódico, "Le Décadent," se atrevió á lanzar frases groseras y calumniosas, por desconocer en lo absoluto la historia mexicana.

Benito Juárez, el hijo del Benemérito, que entonces desempeñaba el cargo de primer Secretario de la Legación Mexicana, en Francia, cumpliendo con un sagrado deber, rechazó tan viles conceptos que ofendían la memoria de su padre.

Exigió ó una retractación cumplida ó una reparación por medio de las armas.

El Director del diario francés retiró los conceptos calumniosos y firmó una declaración, en la que



Manifestación antal en el sitio donde se levantaba modesto monumento en recordación de la casa en que nació Juárez.

Publicamos en el presente número algunos grabados que esperamos sean del agrado de nuestros lectores, ya que tienen relación con el esclarecido hijo de Oaxaca.

Muchos son los monumentos que se han levantado en diversas ciudades del país y que están perpetuando la memoria de Juárez; pero ninguno ofrece los hermosos detalles artísticos como el que se levantará en la cuarta glorieta de la Calzada de la Reforma de esta capital.

El boceto que reproduce nuestro primer fotograbado, fué modelado en Italia y aprobado por nuestro Gobierno hace algún tiempo, presupuestándose la cantidad de \$40,000.00 para tan hermosa obra.

Este monumento descansa sobre una plataforma que lleva escalinatas en los cuatro costados. Se ven desde luego cuatro estatuas alegóricas en los ángulos. En los tableros del pedestal estarán representados, en bajo-relieve, algunos de los episodios más salientes de la vida del ilustre ciudadano.

En el tercer cuerpo del monumento se ofrecen otras hermosas alegorías, y por último, la figura de Juárez, la colosal estatua de bronce que se modeló también en Italia y que se conserva provisionalmente en el patio de la Secretaría de Comunicaciones. Quizá sea modificado este proyecto, según se cree, pero de todas maneras, en la capital contará el Benemérito con un monumento, verdadera joya de arte y buen gusto.

Una de las manifestaciones más significativas que se verificarán en el presente año en la fecha luctuosa, será la organizada por los hijos de San Pedro Guelatao, en cuyo pueblo se mecía la humilde cuna del Patricio.

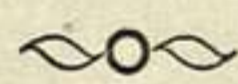
San Pablo pertenece al Distrito de Ixtlán, del Estado de Oaxaca. En sus cercanías existe un pequeño lago, á orillas del cual, Juárez, siendo joven, cuidaba vacas y ganaba su vida en condición tan precaria.

¿Quién hubiera pensado entonces que aquel hu-

chos de los turistas que van á Oaxaca, porque evoca recuerdos de aquel gran ciudadano.

Publicamos igualmente un curioso grupo de indígenas, que rodean una pequeña columna truncada, con la cual estaba señalado el lugar donde viera Juárez la luz primera.

En la actualidad esa columna está substituida por un bonito monumento de tres cuerpos, con una estatua de bronce, monumento que años atrás estuvo en el paseo de Netzahualcoyot, de Oaxaca.



Por último, damos á conocer el retrato del literato francés Alfredo Gassier.



M. Alfredo Gassier.

hizo justicia á la memoria del Presidente Juárez, y dar cumplida satisfacción á su hijo.

Mr. Alfredo Gassier, en otras ocasiones demostró también gran afecto por nuestro país, y hacia nuestros benefactores.



Laguna de San Pedro Guelatao, á cuyas márgenes pastoreaba ganado el que llegó á ser el gran Reformista.



PROYECTO DEL MONUMENTO AL BENEMÉRITO C. BENITO JUÁREZ, EN EL PASEO DE "LA REFORMA."

La toma de la Bastilla.

No es solamente una fiesta francesa la que "acabamos" de celebrar. Prueba de ello, es que desde años atrás los mexicanos acostumbramos entusiasmarnos con el 14 de Julio, como si se tratara de algo nuestro.

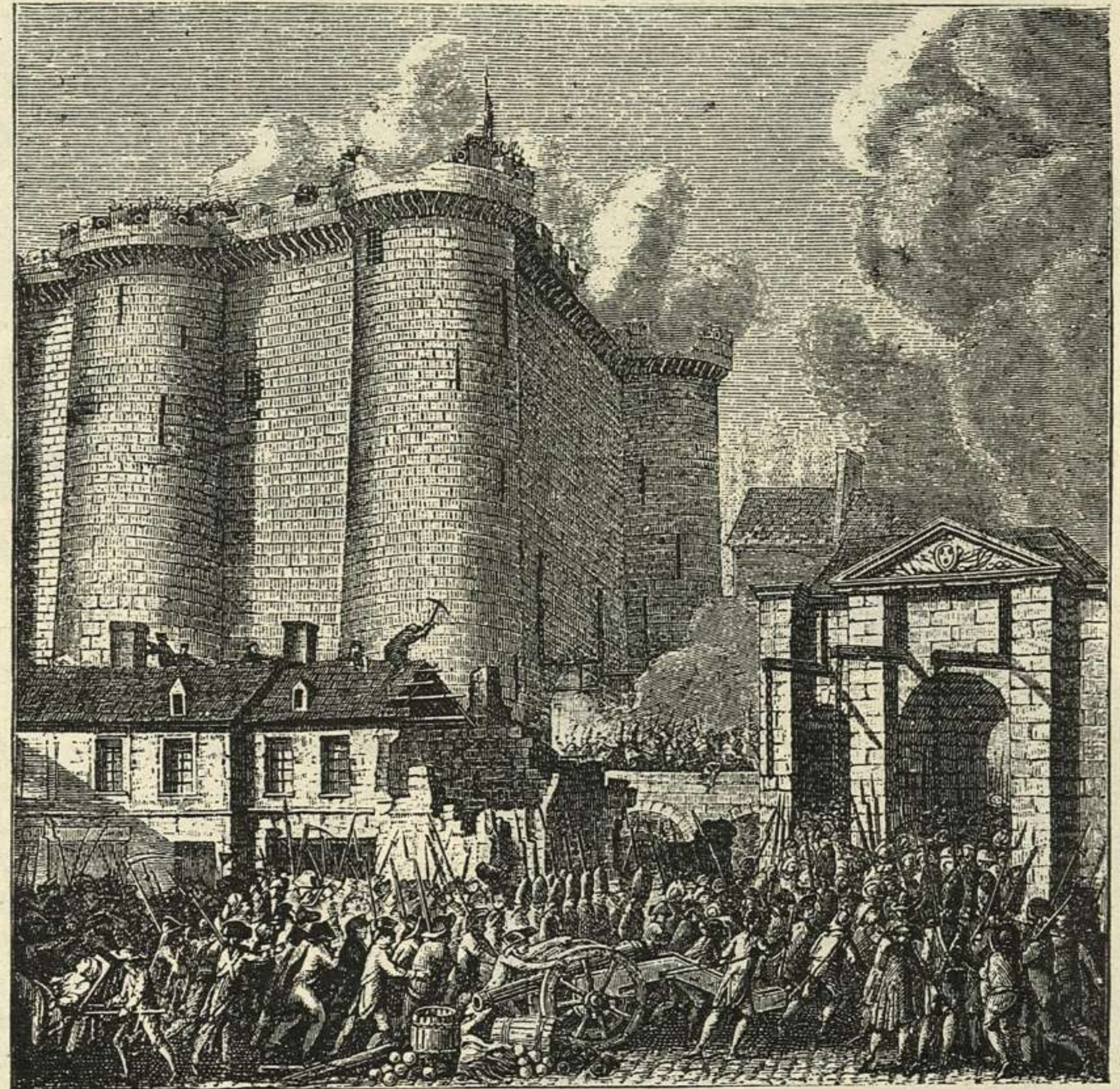
Y efectivamente, es también algo nuestro. El

Sin embargo, los Reyes no sentían ya muy seguro su trono y se esforzaban por encontrar una solución al tremendo conflicto, que de tiempo atrás se les presentaba. Pero no querían hacer concesiones, temerosos de que fuesen interpretadas como debilidad y acarreasen una caída más rápida.

desastre que se acercaba, y el 12 de Julio de 1789 presentó su renuncia.

Apenas llegó ese hecho al conocimiento del pueblo, cuando su furor, por tanto tiempo comprimido, amenazó estallar sangrientamente.

Camilo Demoulins, en los jardines del Palais



La toma de la Bastilla.--14 de Julio de 1789.

14 de Julio es la Revolución Francesa, y ésta es francesa tan sólo porque se verificó en Francia; mas, de hecho, es universal, es pura y sencillamente la Revolución, la Gran Revolución.

En donde quiera que ha florecido el árbol de la libertad, se han cantado himnos á los hombres y á los hechos del 93 porque ellos desgarraron el denso velo de seculares esclavitudes que oprimía las frentes de los pueblos, y al desgarrarlo, mostraron horizontes nuevos, amplísimos, ante los cuales la ruta apareció iluminada y luminosa, la gran ruta de progreso que con incansable ardor vamos recorriendo. Por eso es el 14 de Julio una fiesta casi universal.

El martes 14 de Julio de 1789 brotó la chispa que había de ocasionar ese incendio, cuyas llamas consumieron el trono de los Borbones de Francia, y cuyos fulgores gloriosos y siniestros, pusieron su ósculo amenazante sobre la cabeza de todos los déspotas.

El descontento hervía de tiempo atrás; el pueblo oprimido, en vano había clamado justicia ante el Trono de Luis XVI, y en respuesta á sus clamores sólo había recibido la indiferencia del rey y el escarnio de la reina María Antonieta, de aquella orgullosa hija de Hapsburgo, que había dicho que ya que el pueblo no tenía pan, debería comer bizcochos.

El Ministro Necker, fiel servidor del trono, había comprendido que la salvación del poder monárquico solamente podría conseguirse á costa de concesiones al pueblo y trató de influir sobre el ánimo de Luis XVI para obtenerlas. Prometió al pueblo que sería el abogado de sus derechos y los presentó fielmente ante el trono.

Pero sus esfuerzos fueron vanos. Llegó un momento en que no quiso ya hacerse cómplice de la obstinación del Rey ni reponsable del inevitable

Royal, azuzó al pueblo á la rebelión, y el pueblo se decidió á procurarse justicia á mano armada.

El terrible 93 había germinado....

El martes 14 de Julio, una compacta muchedumbre, compuesta en su mayor parte de habitantes del barrio de San Antonio, invadió el Arsenal de los Inválidos, en donde se hallaba una considerable cantidad de armas y de pertrechos de guerra. Entre hombres y mujeres los revolucionarios eran cuarenta mil y les fué fácil dominar á los guardianes del Arsenal y extraerse 42,000 fusiles que allí había y otras diversas armas que



Camilo Desmoulins en el "Palais-Royal," el 12 de Julio de 1789.

destinaban al pueblo que se les uniese durante su marcha. Una vez armados, resonó el grito "¡A la Bastilla, á la Bastilla!" y el improvisado ejército emprendió su marcha hacia la vetusta fortaleza, al son de cantos populares.

En aquellos momentos la Bastilla era para el pueblo el sombrío símbolo de la tiranía, porque en ella se había encerrado á todos los que se habían atrevido á formular en voz muy alta las demandas populares y porque en todos tiempos la Bastilla había sido la amenaza terrorífica de que se sirviera la monarquía para sofrenar las nacientes y embrionarias libertades.

Pero en 1789 ya la vieja fortaleza no tenía la importancia de antaño, y solamente estaba custodiada por escasas compañías de guardias suizas, á las órdenes del Gobernador, que era entonces el caballero de Launay.

Tan luego como éste gentilhomme vió acercarse á las piezas de artillería de que disponía la fortaleza, dió orden de que los guardias se aprestasen á la resistencia. Apareció ésta como imposible, no obstante la diferencia de número de las fuerzas sitiadas y de las sitiadoras, porque las pesadas murallas de la fortaleza defendían perfectamente á los suizos, mientras que la masa popular presentaba un blanco indefenso á los disparos de aquellos y á las piezas de artillería de que dispone la fortaleza.



Asesinato de Flesselles el 14 de Julio 1789.



Mr. Necker.

Así fué que durante toda la mañana se cambiaron constantes disparos entre el pueblo y los suizos, muriendo muchos de los revolucionarios.

Por fin, á las dos de la tarde ocurriósele á un tal Hulin hacer un supremo esfuerzo para conseguir algunos cañones, y al efecto se dirigió al palacio municipal, que estaba custodiado por

guardias franceses y arengó á los soldados hasta alcanzar que se uniesen al pueblo, llevando cinco piezas de artillería.

Entonces, la defensa de la Bastilla se hizo insostenible, y en breve la muchedumbre penetró en el primer patio. Inmediatamente la bandera blanca de la rendición fué izada por los sitiadores y apareció el Gobernador de Launay para tratar de las condiciones de la capitulación. Pero el pueblo enfurecido no le dejó hablar y lo hizo pedazos sobre el segundo puente de la fortaleza, del mismo modo como iba á hacerlo en breve con el nuevo Ministro Flesselles.

Tomada la Bastilla, la revolución se hizo temer claramente. El pueblo nombró alcalde de París al astrónomo Bailly, que se había hecho popular como presidente de la Asamblea Nacional, y confirió el mando de la guardia nacional al General Lafayette, que había prometido hacer proclamar los derechos demandados por el pueblo.

Desde ese momento, de hecho, ya no hubo más rey que el pueblo y Luis XVI no fué ya más que una expiación de los pasados yerros de la monarquía.

Tal fué la gloriosa jornada parisiense del 14 de Julio de 1789.

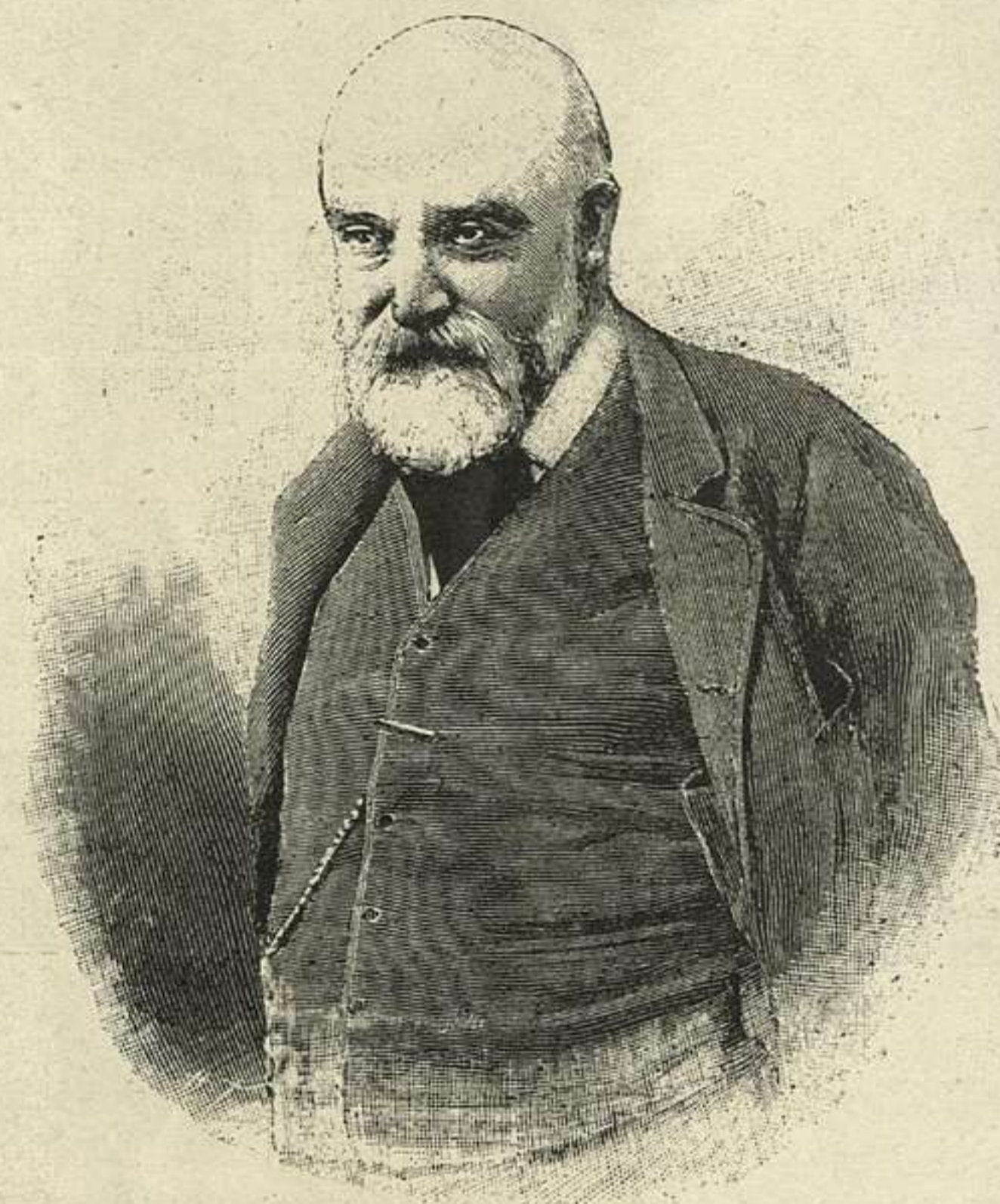
O. H.

EL PRÍNCIPE DE JOINVILLE

Francisco-Fernando-Felipe de Orleans, príncipe de Joinville, decano de los vice-almirantes franceses, gran cruz de la Legión de honor, ha muerto el 16 de Junio pasado, en París, en su hotel de la avenida d'Antin. Nacido en el castillo de Neuilly, el 14 de Agosto de 1818, último superviviente de los cinco hijos del rey Luis-Felipe, tenía ochenta y un años de edad. Después de haber conquistado todos estos grados en la marina francesa, de haberse distinguido en San Juan de Ulúa, en la toma de Veracruz por la escuadra francesa, en Mogador, etc., fué promovido para vice-almirante en 1845.

La revolución de 1848 le condenó al destierro con los otros miembros de la familia real. En 1870, época de los desastres franceses, se presentó en Francia, como oficial americano, bajo el nombre de coronel Lutherod, y sirvió en el ejército del Loire, en las tropas del general d'Aurelle de Paladines. En el mes de Febrero de 1871, elegido diputado en la Asamblea nacional, al mismo tiempo que el duque de Aumalé, se sentó á la Cámara donde permaneció hasta 1876; entonces volvió, definitivamente, á la vida privada.

Bajo el título de "Viejos Recuerdos," el príncipe de Joinville escribió interesantes memorias, publicadas en 1894. Se había casado en el Brasil,



El Príncipe de Joinville.

en 1843, con la princesa Francisca de Braganca, hermana de Don Pedro II, muerta en 1898; era padre de la duquesa de Chartres y del duque de Penthièvre.

LOS SUCESOS DE CHINA.

En el peligro general que hace correr á todos los extranjeros residentes en China la insurrección de los boxers, que el Gobierno chino no ha querido ó no ha podido reprimir, difícilmente podría decirse qué nación es la más amenazada.

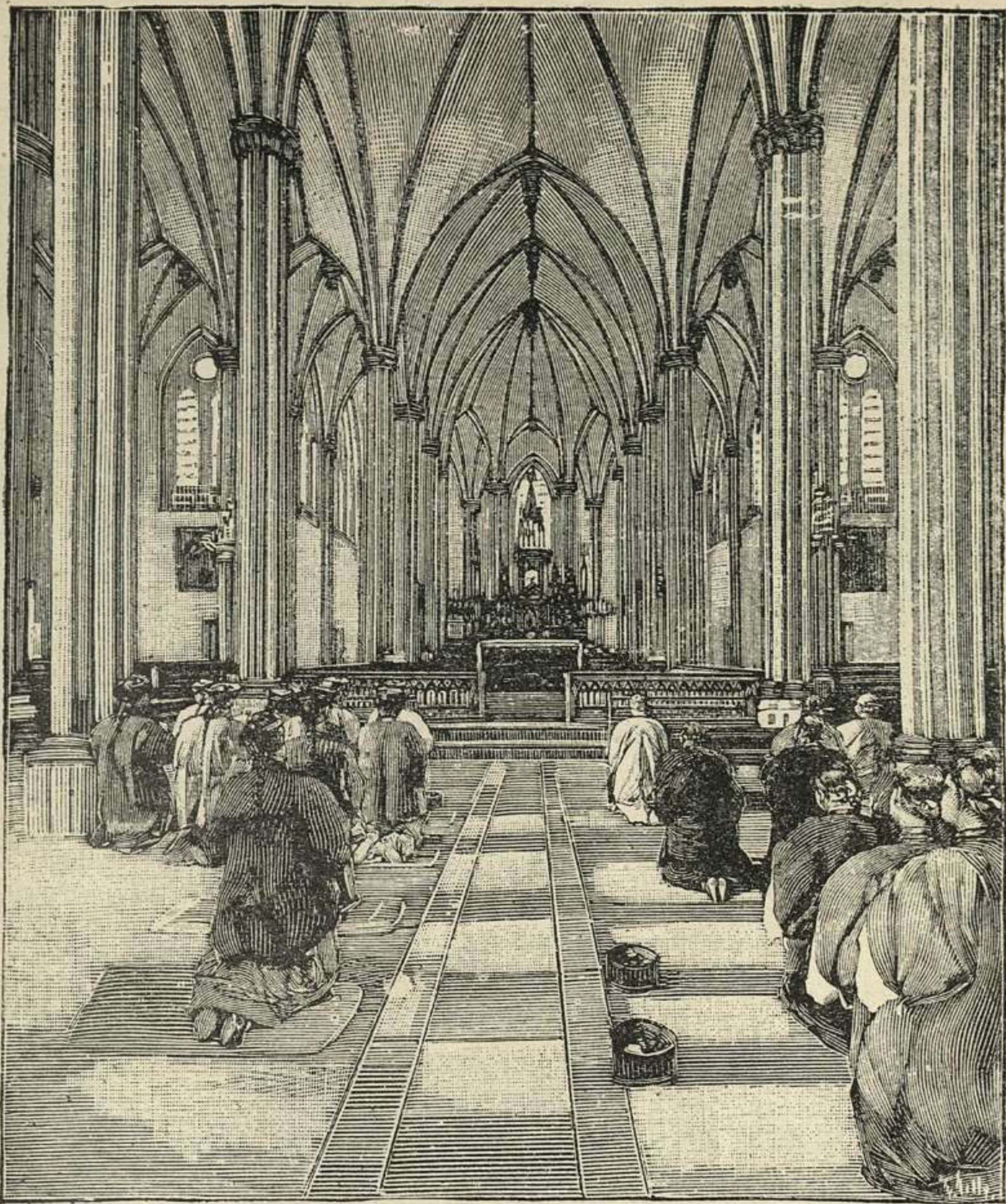
Alemania, como ninguna otra potencia europea, ha recibido un ultraje imborrable con el asesinato de su Ministro Barón de Von Ketteler, pues aunque el cable ha anunciado los asesinatos del Ministro francés é inglés en Pekín, nada hasta ahora ha venido á confirmar esta versión.

Pero la Francia está doblemente amenazada por el actual orden de cosas en el Celeste Imperio. En Pekín, todos los franceses participan del peligro común. En el Yunnan, una de las provincias meridionales de la China, está aislado y se encuentra en la situación más crítica un grupo de ciudadanos franceses.

Este grupo se compone: de M. Francois, Cónsul de la República francesa en Yunnan y de su personal, bastante numeroso; ingenieros encar-



M. Bailly, Presidente de la Asamblea Nacional, nombrado Alcalde de Ciudad por los ciudadanos de París, el 14 de Julio de 1789.



Interior de la Catedral.



Ministro de Francia en China.

gados de estudiar el trazo de la línea de penetración al Yunnan, concedida por la China á la Francia; en fin, como por todas partes, de misioneros.

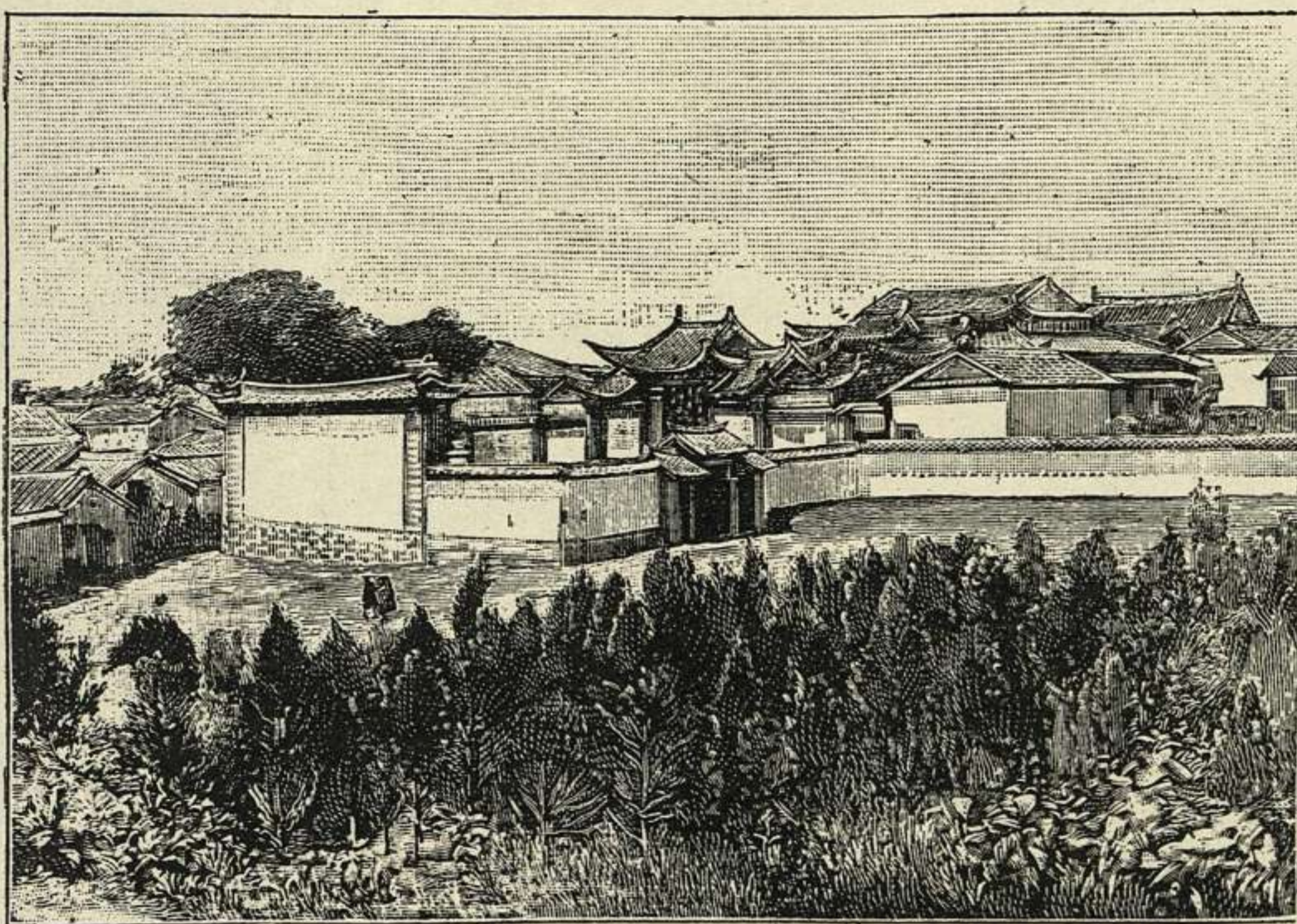
M. Francois, en presencia de la gravedad de la insurrección contra los extranjeros, había recibido el encargo de llevar á todos los ciudadanos franceses de Yunnan-Sen al Tonkín por Mong-Tse y el río Rojo. Se esperaba en Francia con impaciencia noticia de la marcha de la pequeña columna que se creía ya en Mong-Tse, cuando el Ministro de Negocios Extranjeros recibió un telegrama del expreso cónsul, en clave, fechado el 14 de Junio y concebido en estos términos: "Nuestra marcha para el Tonkín ha sido impedida por la fuerza. Nos encontramos como prisioneros en Yunnan-Sen. Todas nuestras casas, dos misiones inglesas y francesas han sido pilladas é incendiadas. Actualmente no tenemos ni ropa. Todo ha sido robado. Nuestros archivos y mis claves han corrido la misma suerte, y no puedo comunicarme con la Legación. Es preciso que el Gobierno exija enérgicamente á Pekín que se nos vuelva sanos y salvos."

En presencia de esta situación, M. Delcassé hizo ir cerca de él al Ministro de China en París, y le invitó á telegrafiar inmediatamente al virrey del Yunnan, expresándole que su vida respondía de la de los franceses, y que la Francia sabría siempre vengarles. Y así lo hizo el referido Ministro.

En Pekín están agrupados en una sola calle de la villa manchú, todas las Legaciones de las diversas potencias, al Sud-este de la ciudad imperial. La Legación francesa tiene por vecinas á la del Japón y á la de Italia. Los bancos, los hoteles, los almacenes europeos, son los que separan las legaciones, que se componen generalmente de un

vasto recinto rodeado de murallas de ladrillo. La longitud de la calle es, poco más ó menos, de un kilómetro. Una pequeña guarnición compuesta de 250 soldados de diversas nacionalidades, así como de los ciudadanos capaces de sostener un fusil, he aquí todas las fuerzas de que dispone este pequeño barrio europeo para defenderse.

En cuanto á las iglesias, tres de ellas se encuentran en la villa Manchu. Pero la catedral se



Pagoda de las cinco provincias, en Yunnan-Sen.

levanta en la misma ciudad imperial, donde está rodeada de todo el conjunto de construcciones que constituyen el Pét' ang. El recinto del Pét' fué cambiado después de la guerra del Tonkin; la iglesia y construcciones que le rodean actualmente, fueron inauguradas en 1888.

MRS. GLADSTONE.

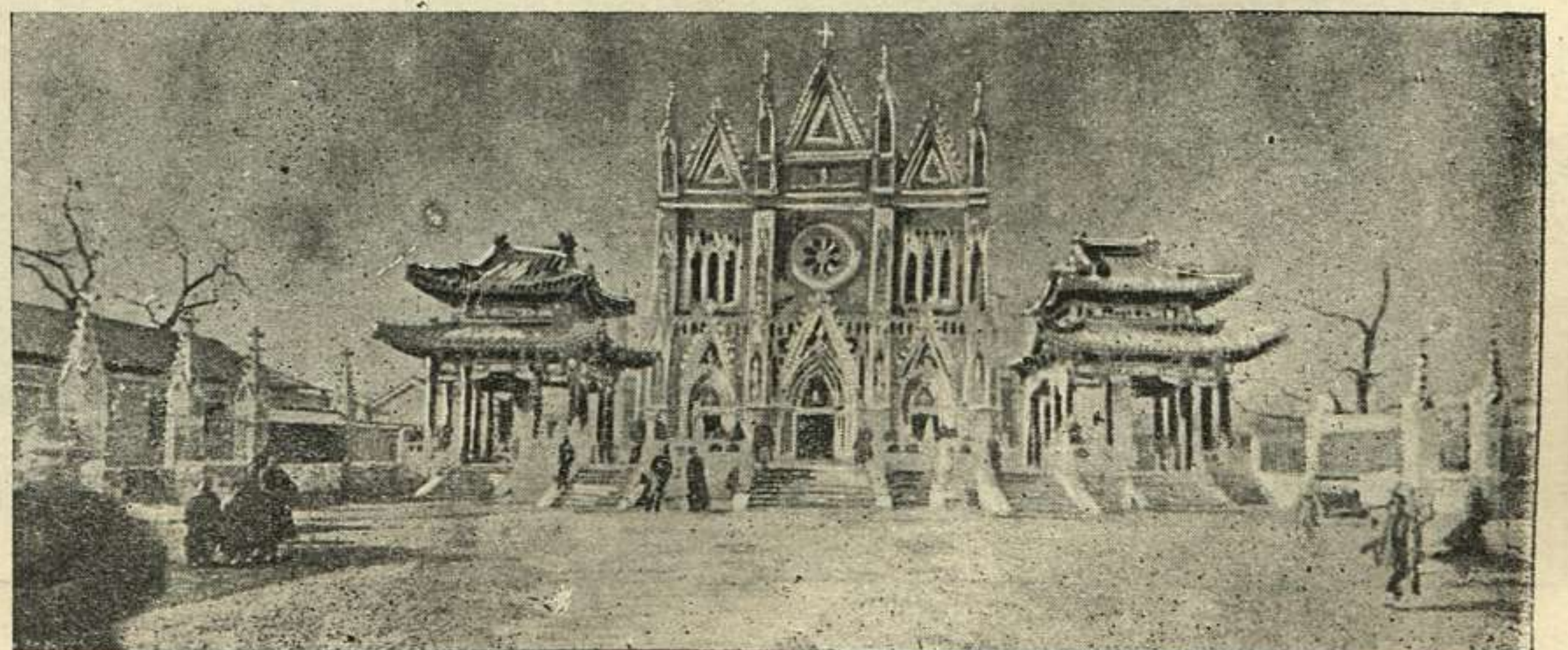
La muerte de Mrs. Gladstone, priva al mundo de una personalidad que caracteriza un tipo cada día más raro. Aunque fué su destino el de encontrarse durante más de setenta años en estrecha conexión con los asuntos públicos, permaneció hasta el fin de su vida siendo un conjunto de todas esas cualidades que hacen de la mujer una esposa y madre ideales, "No sólo la más amante de las compañeras, sino la más devota filántropo, cuya vida fué consagrada á obras de caridad entre sus prójimo. De tal manera fué descrita elocuentemente Mrs. Gladstone en una composición presentada á ella y á su esposo á propósito de sus bodas de oro, en Julio de 1889.

Los que creen y han asegurado que Mrs. Gladstone tomaba poco ó ningún interés en política, excepto en los asuntos que directamente afectaban á su esposo, están singularmente equivocados; por el contrario, muy pocas mujeres han tomado jamás parte con igual agudeza é inteligencia en el engranaje de los asuntos públicos. Mr. Gladstone dijo una vez á un amigo íntimo: "Mi esposa ha conocido todos los secretos políticos que yo he poseído, - nunca ha traicionado mi confianza;" y se dice, así mismo, que durante su luna de miel, el joven miembro del Parlamento dijo á su esposa:

"Preferís no saber nada y estar libre de toda responsabilidad, ó conocer todos mis secretos y sujetaros á una estricta discreción?" Mrs. Gladstone era demasiado verdadera mujer para no elegir la segunda alternativa, y nunca faltó á la confianza que reposaba en ella.



Habitación de los misioneros contigua á la catedral de Pekin.



Fachada de la catedral de Pekin, flanqueada por dos pabellones imperiales.



EL FAMOSO ARBOL DE SANTA MARIA DEL TULE, ESTADO DE OAXACA.

La Cabeza Parlante.

Al fin, toda anegada en llanto, rodándoseme por las mejillas las lágrimas que iban á humedecer el velo enlutado con que cubría mi cara pálida y ojerosa por el insomnio, me hallé frente al cadáver mutilado de mi infeliz compañero de vida.

Al fin; estaba en presencia de la acre satisfacción de mi enfermo deseo: mirándolo allí, tendido sobre la plancha, horriblemente descabezado.

Entonces sí, perdí unas pocas de mis energías, entonces sí, me saltaron las lágrimas que había represado durante la ejecución. Porque yo asistí á la ejecución; creí que si en alguna parte necesitaba de mí, era en el cadalso. Y mis ojos fueron á buscar los suyos, allí, sobre la mortuoria plata-forma. Nuestras miradas se encontraron, y se besaron sobre las gradas de su patíbulo.

¿Por qué sólo se ha de acompañar á los que mueren poco á poco, tranquilamente, entre los blandos almohadones del lecho, y no ir á despedirse del que la justicia arranca del mundo sobre el duro tablado infamante?

El necesitaba acaso de una mirada amiga en el momento último. ¿Quién sabe si se tiene más serenidad para entregar la cabeza al verdugo, cuando enfrente hay unos ojos amados?

Fuí á cumplir con el deber, cruelmente impuesto por los hombres, de despedirse de los que mueren.

Además, entre la curiosa multitud que se arremolinaria, en derredor de su cadalso, sería yo la única que le mirase con cariño, la única que no sintiera asco por el crimen, y horror é indignación para el criminal que iba á expiar su delito, el delito cometido por el amor que me tenía; un amor loco que lo engendró unos celos imbeciles, pero amor al fin.

Por mí había partido de un certero golpe de puñal, el corazón de aquel infeliz, de aquel inofensivo, á quien hizo la injuria de juzgar peligroso, tentador, perverso!.. Se condujo como un valiente: no llevaba miedo en el semblante, no, el pavor no le había arrancado los colores de la cara; solamente sus labios, secos por la fiebre, habían perdido el carmín; no recorrió su cuerpo estremecimiento visible, mientras estuvo completo. Sólo, cuando el horripilante cuchillo tronchó aquella cabeza, cuya frente yo había besado tantas veces, cuando la sangre saltó parabólicamente de los vasos rotos, cuando cayó el cuerpo ya separado de su cabeza, se convulsionaron aquellos brazos que tantas veces me habían estrechado, se retorcieron un momento, como miembros de epiléptico.

Cuando ví sobre la bandeja de estaño, su cabeza chorreante, sentí más precisamente definida, más claramente terrible, la impresión de gran miedo que experimenté, cuando, siendo muy niña, me llevaron á un salón, en donde había una cabeza ensangrentada que respondía á las preguntas que se le dirigían.

Después... ¡al cesto!

¿Cuánto odié á todos los que tomaban parte en la tragedia, tranquilos, con seriedad afectada, y á los curiosos que fueron á satisfacer, como á una corrida de toros, sus ansias de impresiones fuertes, sus deseos de ver sangre.

Un beodo cercano á mí, se burló de sí mismo, después de haberse enternecido; "¿pues no había llegado hasta el punto de afligirse!"...

¡Desgraciado! La cabeza estaba entre las dos piernas, reclinada sobre uno de los muslos; los ojos entrecerrados, como si dormitase, y por la boca entreabierta, se le asomaban hacia adentro, algunos de los bigotes, desordenados y marchitos.

¡Oh! así, con los ojos entrecerrados, pero llena de vida, así había yo tenido recostada sobre mi hombro, aquella cabeza, entonces ya hueca, mustia, que ya no abriría los ojos al sentir mis besos, que ya no buscaría con sus labios siempre fres-

cos, tersos siempre y en esa hora, secos, hoyuelados y lividos, los míos que le esquivaba para aumentar su deseo.

De cuando en cuando, desde el cuello rebanado, en donde comenzaban á prenderse negruzcos coágulos, rodaba silenciosamente un hilillo de sangre, que iba culebreando por el metal de la plancha, hasta detenerse contra la mano crispada, á la que coloraba.

Las fuerzas me faltaban; empezaba á sentir miedo, horror, y—¿por qué no confesarlo?—asco, sí, asco que comenzaba á causarme aquel cadáver sangriento del decapitado.

Pensé en salir; yo ni siquiera podría dar el último beso á mi muerto; habría necesitado tomar entre las manos su cabeza divorciada del



tronco, y mancharme los dedos y las ropas, y acaso ¡los labios! con su sangre derramada por el implacable verdugo, por el mayor asesino, investido de impunidad por la misma Ley.

Iba á volver la espalda al cuerpo ensangrentado, cuando ví que aquella cabeza, parpadeaba, ¡parpadeaba! como cuando sentimos la pesadez del sueño y no queremos dormir, como cuando no queremos dejarnos vencer por un beleño. Sentí el resortazo del susto; sentí lo mismo que si alguien hubiera aplicado á mi cuerpo bruscamente una esponja empapada en agua fría.

Quise huir, pero no pude; mis piernas temblaron, mi vista se nubló, y para no caer, apoyé la mano sobre la plancha, cerca de su pie derecho que comenzaba á ponerse horizontal.

Miré atentamente á la cabeza; ¡ilusión mía! seguramente. No; en aquellos ojos había vida; no tenían la vidriosa opacidad de los ojos muertos.

¿Sería posible que aún viviese aquella cabeza? ¡Qué horror!

Y seguía parpadeando, seguía parpadeando. Al fin abrió los ojos completamente, y su mi-

rada puntiaguda se clavó en mí. Sus ojos querían hablarme, pretendían decir algo, pero yo, ¡oh Dios! no los entendía.

Y desbordaban desesperación.

Su boca se entreabrió varias veces, como por un esfuerzo supremo; castañeteáronle los dientes, y cuando el corazón me latía apresuradamente y un sudor frío me humedecía el cuerpo, oí clara, distintamente, mi nombre pronunciado por aquella cabeza tronchada: "¡Ana, Ana!"

¿Era posible?

Mi pavor fué ilimitado; quise correr, gritar, moverme al menos; nada pude, y con la mano apoyada cerca de su pie derecho, que comenzaba á ponerse horizontal, quedé inmóvil.

—¡Ana, Ana mía!—repitió con voz humana, con entonación que nada tenía de sobrenatural.

Entonces, más tranquila, con una mezcla de cruel curiosidad malsana, de complacencia cariñosa para el pobre ajusticiado, y de presuntuoso valor de mujer colocada en espantosa situación me aproximé un poco á la cabeza de mi marido.

Apenas entreabrió los labios lividos, volvió á salir claro y distinto mi nombre:

—"¡Ana, Ana mía!"

Quise contestar, darle ánimo, inspirarle confianza en mi serenidad, por la que de seguro temblaba, y sólo pude articular un tembloroso: ¿Qué?—como si apenas me atreviese á hablar.

El esfuerzo de la cabeza creció, creció grandemente; la ví congestionarse; tomó la marcada coloración del esfuerzo, y lanzando un suspiro, como para descansar del trabajo ejecutado, como de satisfacción por el triunfo, empezó á hablar con voz débil.

—¡Oh! Ana mía, qué inesperada dicha; verte á mi lado, acompañándome en mis últimos horribles momentos, cuando yo creí que, la vez en que nos miramos allí en el cadalso, era la última.

Como sufro, Ana; mis dolores en esta gran herida son insoportables. Cuánto he sufrido en unos pocos momentos. Mentira que no se sufra con esta muerte, mentira Ana, mentira; yo he padecido horriblemente.

Nada son los sufrimientos de la víspera comparados con los del día de la ejecución. ¡Nada valen!

Cuando pasé la noche oprimido en la camisa de fuerza, oyendo desde la celda lóbrega, el ruido que hacían al clavar el tablado afuera, en la plaza, para matarme allí, oyéndolo, como oyen los espectadores en un teatro el claveteo detrás del telón,

cuando durante el entreacto preparan la escena, ¡estaba yo completo! Y ahora... ahora sufro horriblemente mutilado, sufro mi cabeza que vive, aquí sujeta entre su cuerpo muerto, al que antes gobernaba, y el que ahora le presta un punto de apoyo, para que no rueda hasta el suelo. Siento en la cabeza, cómo comienza á enfriarse mi cuerpo.

¿Comprendes mi extraña situación?

¡Ay, cómo me duele el cuello cortado!

Oye, es mentira que no se sienta dolor...

Al principio, la fuerza del golpe me dejó inconsciente, pero después, como se vuelve de la inconsciencia de una fiebre, volví á pensar, y con la misma violencia con que piensan los cerebros débiles de los febricitantes.

Mi pensamiento se aceleró en su marcha; se avivó mi memoria. Allí, dentro del cesto obscuro, he pensado rápidamente en mi pasado, en mi presente, en mi porvenir.

He recordado nuestros días de ventura, perdida para siempre; he recordado la noche de mi crimen.

¡Ojalá que á ese maldito lo hubiesen guilloti-

mado para que hubiese sufrido mucho, tanto como yo.

Siento como me destila la sangre por los agujeros abiertos, y me siento á cada instante más débil.

Y ya quiero morir; sería atroz que, cuando vengán los que han de hacer la necropsia de mi cuerpo—porque ese si está muerto—pudiera ver aún, cómo lo despedaban. Si así es, si llegan, toma mi cabeza entre tus manos, y como si fuese una cabeza de yeso, arrójala contra el suelo, hasta que salte en pedazos mi masa encefálica. Tú que quedas, díles que es muy cruel este castigo, que es crudelísimo cortar una cabeza para que piense y sienta, junto á su cuerpo degollado, muerto.

¿Por qué no parten mejor de un hachazo el cráneo del sentenciado? Así destruirían de una vez el “yo.”

Cuando me depositaron aquí sobre la plancha, y pude ver mi pobre cuerpo contraído por las

últimas convulsiones, ¡cuánto deseé huir! nunca como entonces he sentido deseos poderosos de correr, y “sentí” la ausencia de mis piernas, he “sentido la falta” de mis miembros; no pude acostumbrarme á la idea de no tener cuerpo, y me lo figuraba aéreo, insensible para mí, pero existiendo, y distinto del que tenía á mi derredor, sangriento y desfigurado.

Si el espíritu sobrevive, después de mi completa muerte, porque esta es incompleta, ¡ay, horriblemente incompleta! ¿experimentará esta misma molestia por la falta de cuerpo, sentirá este mismo vacío que yo siento después de la cabeza?

La cabeza se agitaba, temblaba nerviosamente; su respiración (?) se hacía fatigosa, y empezaba á parpadear de nuevo.

Ahora siento en palpitaciones, con interrupción de breves instantes, repetida la crispadora caída del cuchillo de la guillotina.

Siento más clara la impresión del contundente

te y mordicante aparato, cayendo sobre mi pobre cuello.

—¡Dame la mano, dame la mano!—gritó ferrozmente la cabeza de mi marido, y empezó á boquear.

Confusamente dijo por último: “nuestro amor nuestra hija.” Sentí que yo boqueaba también; experimenté en derredor la impresión del vacío, la falta de mis miembros.

Para cerciorarme de que estaba yo completa, me llevé los ojos á la mano derecha que estaba pintada con la sangre del muerto, y.... no sé más.

Aquí, en esta cama del Asilo, he venido á despertar.

¡Me siento tan débil!

¿Cómo sentiría él, que sentía la destilación de la sangre, la destilación de la vida de su cabeza, en presencia de su cuerpo que empezaba á rigirse?

Francisco Zárate Ruiz.

El crimen de Copalillo.

Va á hacer un año que ocurrió el suceso trágico de Copalillo, del que resultó la muerte de dos estimables extranjeros: M. M. Dupin y Courmont, emparentado el primero con una respetable familia de Francia y luchador incansable el segundo, que había fundado hacía poco tiempo su hogar en México con una joven señorita compatriota.

En los principios de las averiguaciones quedaron desfigurados de tal modo los hechos, que aparecían los extranjeros como asaltantes más que como asaltados y víctimas de un crimen que horripila en sus detalles. En México se recibieron noticias bien distantes de ser exactas, y con ellas hubimos de formarnos el criterio de aconteci-

esa localidad se encontraban reunidos centenares de indígenas. entre ellos las autoridades municipales de Oxtutla y otras poblaciones cercanas á Copalillo, las que habían sido convocadas por Francisco Sánchez, Presidente Municipal de Copalillo.

Courmont y Dupin llegaron á Copalillo como á la una de la tarde del día 16 de Septiembre, en los momentos precisos en que iba á dar comienzo la corrida de toros que se efectuó en la plaza formada provisionalmente en el poblado; los que después ejecutaron el crimen se fijaron en la circunstancia de que Courmont llevaba sacos de dinero en su montura, los que despertaron la codicia de los lugareños. Los extranjeros pidieron á Sánchez un guía que los condujera á Xiotla, habiéndoseles proporcionado al indígena



José Bacilio, Comisario 1º de Oxtutla. Francisco Sánchez, Presidente Municipal de Copalillo

en la persecución que se les hacía por la muerte de Alumbre.

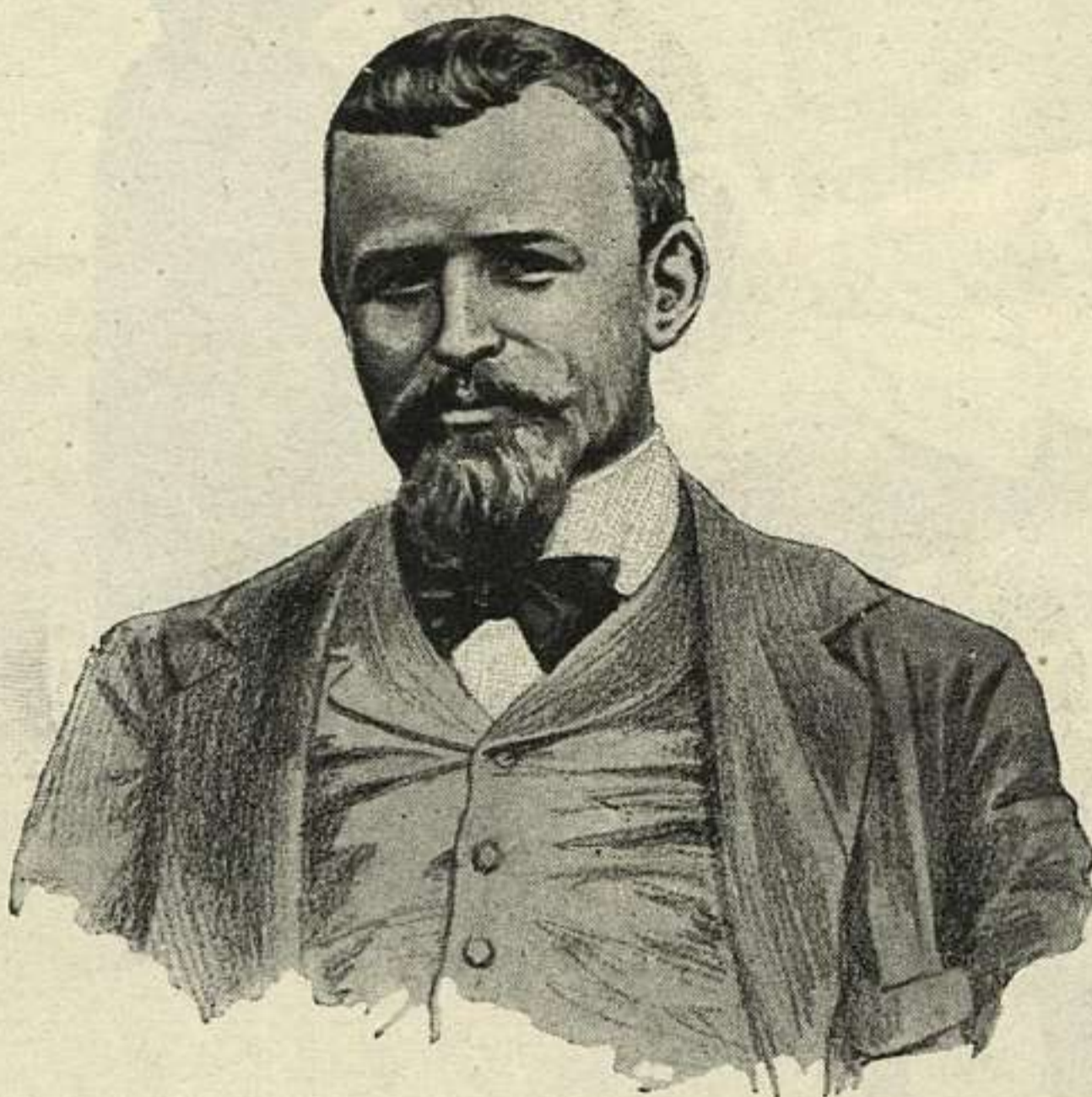
En este lugar, en donde se dió alcance á Courmont, fué también en donde se cometió el robo y distribución de botín del dinero, alhajas y cuanto llevaban los franceses.

A Courmont se le condujo sujeto por los brazos y por su propio pie hasta un punto retirado de Ahuastitlán unos doce kilómetros, á la falda de un cerro llamado Halixtlecapilca, en un paraje que se conoce con el nombre de Coapango, suspendiéndolo de las muñecas á un árbol y disparándole más tarde varios balazos, que acabaron con su vida. El cadáver lo condujeron hasta el paraje de Tlattepechi: ahí explicó Sánchez á sus cómplices que dijeran que, perseguido Courmont, se había echado al río, habiendo tirado el mismo Sánchez la carabina de Courmont al agua.

Terminada la tragedia, los autores de ella se retiraron con el producto del crimen. Las primeras averiguaciones judiciales ninguna luz daban en el asunto; pero más tarde, cuando se inició el período de las revelaciones y que la Justicia se propuso abrirse paso, variaron las circunstancias que cubrían el crimen horrendo: en fuerza de trabajos ingeniosos, de una labor dura y continuada por parte de los señores Juez Carlos M. Gil y Jefe Político Ismael Zúñiga, se logró el esclarecimiento de los hechos, llegar al conocimiento de los sucesos, hasta el punto de que nada hay oculto ahora para la justicia. Cuantos tomaron participación en el crimen están bien asegurados y solamente faltan algunos puntos de trámite para dictarse la sentencia, que será dentro de muy breves días.



M. J. Dupin.

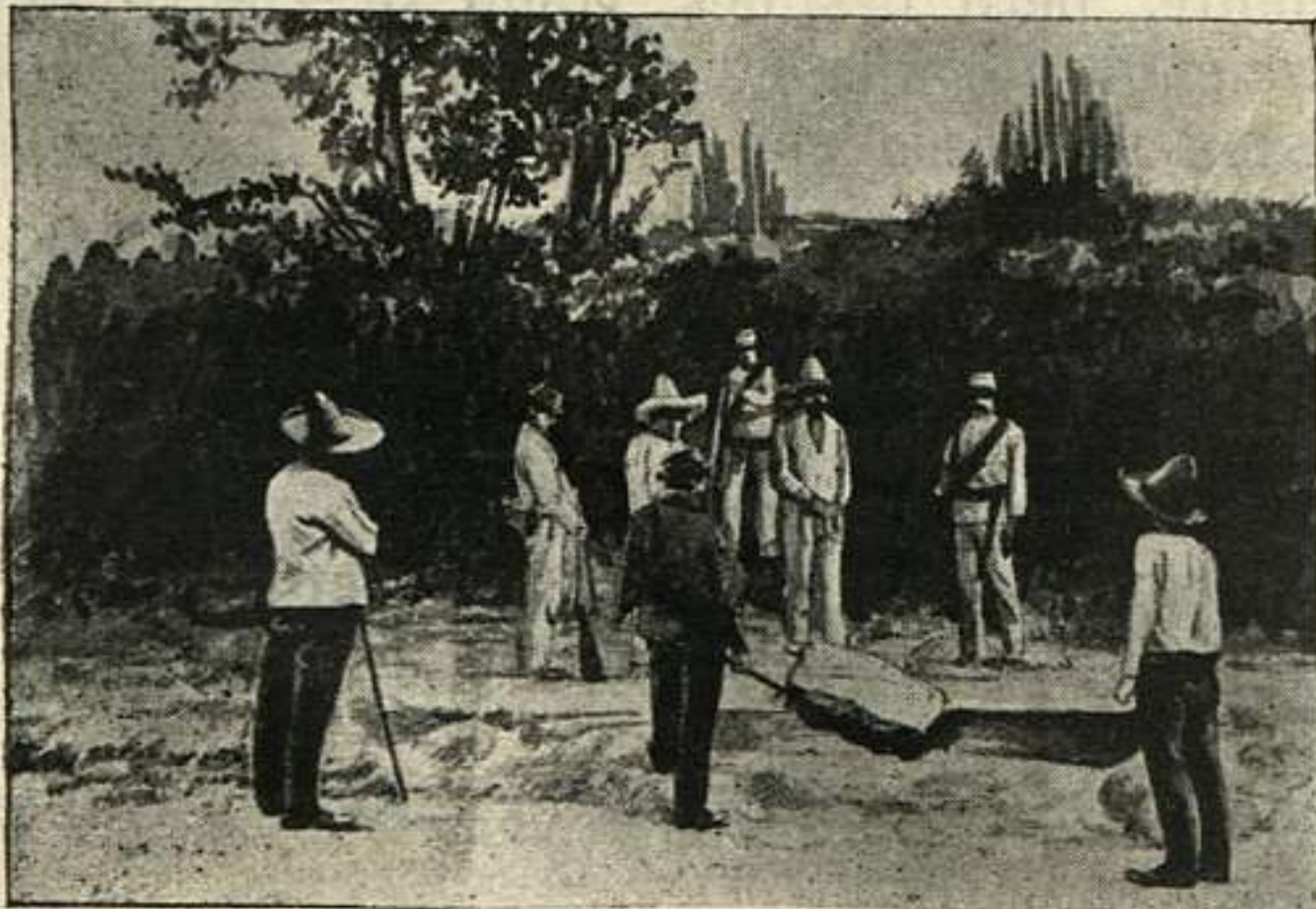


M. Albert Courmont.

mientos que permanecieron envueltos en el más profundo misterio por espacio de varios meses, hasta que la Justicia se abrió paso por los tenebrosos senderos que ocultaban la verdad de los sucesos.

¿Cuáles fueron éstos? ¿Cuál el móvil de un crimen semejante? La codicia de un analfabeta mal aconsejado por sus propios instintos y el deseo inmoderado de apropiarse de un dinero ajeno, del de los franceses que viajaban por aquellos rincones del Estado de Guerrero, casi despoblados y dispersos entre peñascales y arroyos, en medio de una tierra de fuego y alejados de los centros donde moran las colectividades ilustradas.

Se celebraban en el pueblo de Copalillo las fiestas patrias en Septiembre del año de 1899. En

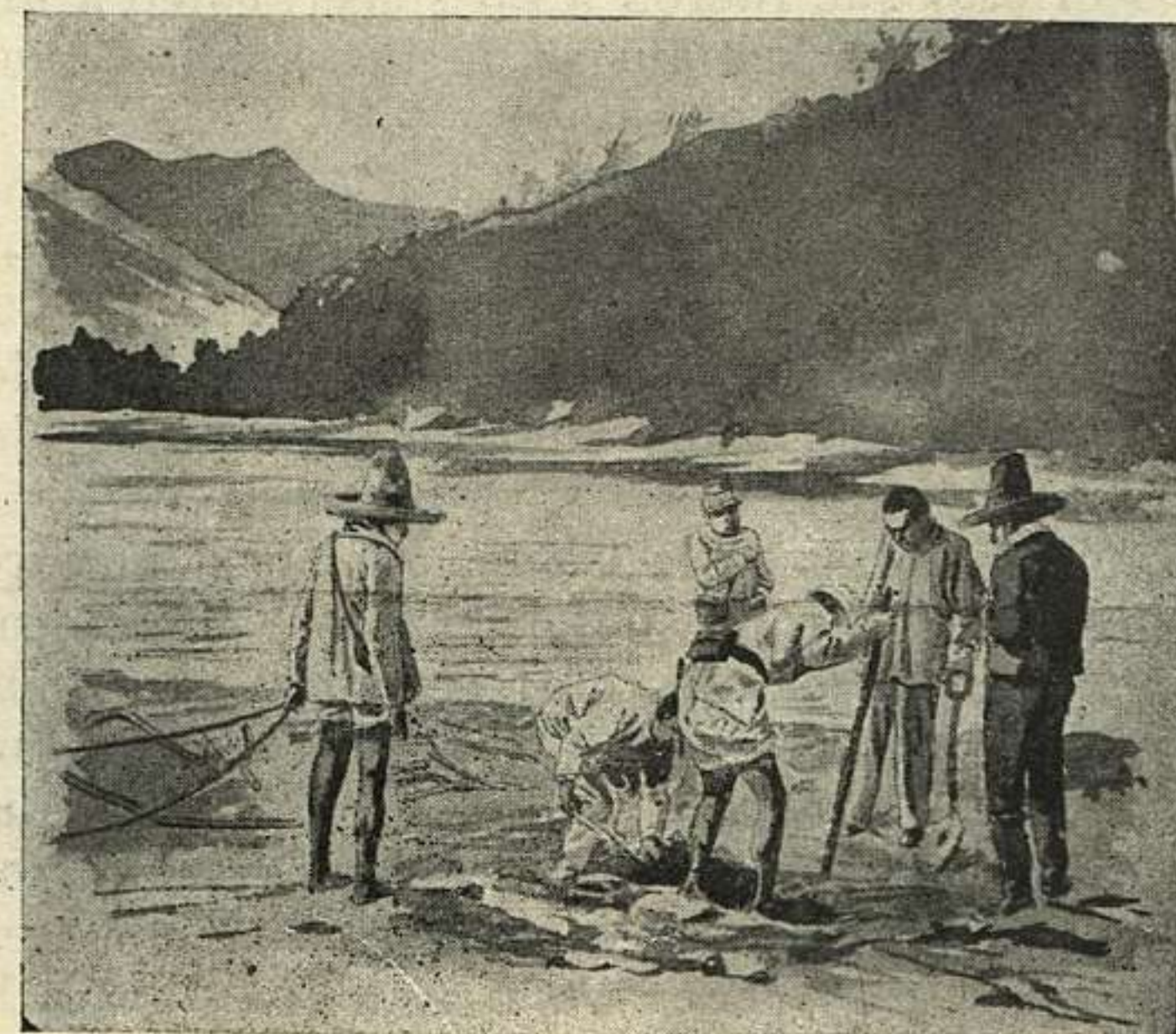


Ahuastitlán, en la margen derecha del río. Lugar adonde fué asesinado Dupin.

Crescencio Alumbre. Como á las cuatro de la tarde emprendieron el viaje los franceses con su guía, quien llevaba instrucciones de Sánchez de no pasarlos aquella noche al otro lado del río de Oxtutla, que lleva el nombre de un pueblo situado como á quince kilómetros al Sudeste de Copalillo.

El conjuro de los asesinos se efectuó á la media noche del día de que nos venimos ocupando; Sánchez estaba al frente de los conjurados, él nombró de entre ellos las diversas comisiones que deberían ejecutar el crimen, él ordenó la ejecución, él quien hizo advertir á los suyos la conveniencia de asesinar á Alumbre, para que se creyera más tarde que los franceses lo habían muerto.

Ya organizada la fúnebre partida, se emprendió la marcha hacia Ahuastitlán, en donde esperaban los extranjeros pasar la noche; llegan los asesinos, se acercan de manera cautelosa á los franceses, y en medio de la obscuridad hacen la primera descarga, de la que resultó muerto el guía Crescencio Alumbre; de la segunda cayó por tierra Dupin, al que remató Juan Chino; Courmont echó á correr ya herido del muslo, pero fué alcanzado por varios de los asesinos que lo habían seguido. El mismo Sánchez, que había seguido muy de cerca á Courmont, al llegar al lugar en que había sido apresado éste, disparó intencionalmente su pistola sobre Antonio Pistonero, con la deliberada intención de afirmar más tarde que los mismos franceses lo habían herido



Lugar adonde estuvo sepultado el cadáver de Courmont.